



Eugenio Sáenz de Santa María

SILENCIO Y CALMA

Ya llevamos un tiempo sufriendo en nuestras propias carnes los rigores de la mayor crisis que ha conocido nuestro país, un tiempo que se podría antojar corto (qué son cinco años en el largo devenir de la Historia; no más que un pestañeo, un gesto, un suspiro raudo), pero durante el cual la gran ola de la bancarrota amenazante se ha llevado por delante sueños e ilusiones y mucho de lo que pensábamos sólido e irreversible.

Entre los muchos síntomas de la austeridad y los imperativos económicos, hay uno que nos zarandea cada día desde los medios de comunicación. De unos años a esta parte parece como si solo existieran conceptos empresariales

o mercantiles, unos datos fluctuantes que nos han obligado a aprender con el viejo método de inocular letra a base de sangre: prima de riesgo, deflación, rescate bancario. Índices variados y ninguno bueno. En los informativos televisivos, en los programas de opinión, en la radio y en todos los periódicos, los guarismos más escarlata nos someten a una cruel dictadura, una hierática pedagogía con la que inculcan (¿quién?) datos y cifras que tratan de evidenciar, por si no nos habíamos enterado, que nuestro presente funesto y nuestro esquivo porvenir son consecuencia de un pasado basado en el derroche y en la opulencia. Y que nosotros somos los únicos culpables.